

## Mi 2020.

El año comenzaba en Plaza Dignidad. En ese momento estábamos más preocupados de las mutilaciones oculares que del virus, cuya existencia ya era noticia, pero lo sabíamos lejano aún. Me costaba imaginar que pasaríamos por un encierro como el que se vivió en Wuhan. Creía que para mí algo así sería insoportable.

Luego vimos las imágenes de Italia y España. Yo me comuniqué por Messenger con amigos cubanos que residen en Madrid para que me contaran cuales eran las condiciones en que vivían sus cuarentenas. Así supe que se podía salir a comprar o a realizar los trámites indispensables, pero que las calles estaban vacías por lo general. Ellos hacían hincapié en la fuerte presencia policial que veían en las calles. A mí eso no me provocaba mayor preocupación, ya me había curado de espanto con la salida de los militares a la calle después del 18 de octubre y los copamientos con efectivos de Fuerzas Especiales de Plaza Dignidad cada viernes.

En febrero me enteré que estaba embarazada y que, por mi edad, dicho embarazo era de alto riesgo. Me indicaron reposo, así que mi confinamiento comenzó antes que el del resto de los Santiaguinos. No pude ir a la marcha feminista ni entrar al liceo de adultos en que trabajo cuando empezó marzo. Debía quedarme tranquila en casa y solo salir a controles médicos. Así fue como recibí la noticia de los primeros casos de COVID en Chile y de la suspensión de clases.

El embrión no sobrevivió la décima semana. Cuando fui a hacerme la ecografía donde me dieron la noticia ya las calles del centro se veían bastante menos concurridas y andábamos con mascarillas. El médico me indicó acercarme a mi policlínico y no dejar pasar más de cuatro semanas con el aborto retenido.

Recuerdo que fui al policlínico y ya estaba todo cambiado. Las personas debían esperar en el patio y todo el personal andaba con protectores faciales y demás medidas de seguridad. La matrona revisó en la puerta mis papeles, me recomendó que no volviera ir al policlínico porque era riesgoso, también me indicó que debía esperar tres semanas para dirigirme al hospital y chequear mi situación.

Yo seguía tranquila en casa. Veía noticias, nacionales e internacionales. Comencé a revisar entrevistas y vídeos de epidemiólogos con lo que pude darme cuenta de lo alejada que había estado de la ciencia y lo mucho que le había dado cabida a información, bonita, aparentemente coherente, pero sin preocuparme por comprobar sus fundamentos. Este fue mi primer aprendizaje, y con ello sentí que debía dejar de darle circulación a videos sobre salud sin verificar primeros sus fuentes.

Esperaba que mi cuerpo eliminara el embrión sin vida espontáneamente. Ya en el mes de abril me daba terror tener que asistir a un hospital, mucho más a la sección de urgencia. La matrona de mi policlínico me contactó por teléfono para saber cómo marchaba el proceso. Me indicó que fuera al la urgencia de maternidad y detalló las medidas de precaución que debía tomar. Por fin, el

proceso abortivo se desató después de la semana santa. Fue una experiencia lamentable la verdad. No creo que ninguna mujer la pase con agrado. Por suerte en el hospital comprobaron que había eliminado todo los restos del embrión y que no necesitaba mayor intervención. Me extendieron el alta y nada más. Debía comer carne y lentejas porque quedé con un poco de anemia después de una noche de sangrados, pero fuera de eso, en un año sin COVID, hubiera tenido que reincorporarme a pega así, fresca y oronda, como si hubiera padecido un resfrío o una gastritis. La emergencia sanitaria me salvó de ello. Pude volver a casa, dormir ese día, el otro, y al tercero salir a comprar hígado de res para reponerme. Y pude seguirme cuidando así durante varias semanas más.

Luego, vinieron las contingencias laborales. Trabajo como psicóloga dentro de un equipo de integración escolar. El sistema de subsidios condiciona la entrega de recursos económicos a la cantidad de casos con dificultades específicas en el aprendizaje o en discapacidades de diferente tipo que se logren detectar e ingresar a la nómina del programa. Cada marzo y abril mi pega consiste en evaluar a alumnos con posible discapacidad intelectual para cubrir los 2 cupos permanentes del listado de alumnos PIE por curso. Este año ese proceso evaluativo no se pudo llevar a cabo.

Al principio, las autoridades municipales y del recinto se mostraron comprensivas con la situación. A poco andar, ante la posibilidad de que no entrarán los recursos habituales comenzaron a presionar. Recuerdo que en la primera reunión en que se nos anunció la posibilidad de ingresar alumnos designados al azar a mi me dolió la guata. Comenté que si esa exigencia se llegaba a concretar yo tendría que evaluar mi permanencia en el equipo. Durante los días que siguieron lo pensé, lo pensé y lo pensé. Decidí que me negaría, aunque todos aceptaran, yo no iba a inventar casos ni iba a ponerle nadie un rótulo de Discapacidad Intelectual Leve sin haberlo evaluado, aunque me costara la pega. Comencé a pensar también en los argumentos que tenía para defenderme y como debía proceder para que no tuvieran razones para despedirme sin indemnización.

Cuando llegó el momento de las definiciones fui la única que se negó. Entonces, le dije a mi coordinador que tenían la opción de prescindir de mí por necesidades de la empresa –ya que no se podían hacer ingresos, no tendría la cantidad suficiente de alumnos para justificar mis horas- o me suspendían el contrato. Recuerdo bien la respuesta de mi coordinador. Me dijo que no le correspondía sugerir mi salida, que él iba a dejar bien clara mi posición en la reunión con las jefaturas, pero que no podía pedir que echaran a alguien por honesto.

Me quedé tranquila, y aunque siempre esperé que un día la encargada municipal del programa me llamara para conversar mi situación, eso no pasó.

Propuse un plan de pesquisa de casos posibles para cuando pudiéramos volver, realicé llamados a apoderados de otros establecimientos de la comuna, atendí vía telemática a una madre, su hija y a una funcionaria municipal, participé en reuniones con los profes para idear formas de comunicación a distancia con nuestros alumnos, mostrándome dispuesta a participar en todo aquello que implicara acciones reales y concretas. Así pasó el año escolar, nunca pudimos volver

al liceo y no me vi obligada a llenar papeles con datos fraudulentos. Al final me sentí muy satisfecha conmigo misma. No solo no me habían echado, sino que ahora sabían qué cosas no pueden pedirme.

Estoy consciente de que mi situación es privilegiada. Fui parte de los trabajadores que se pudieron quedar en su casa, trabajar de desde ella y recibir mensualmente su sueldo. No pasé hambre, ni frío, ni me contagié. Por lo mismo traté de cooperar con las personas que lo necesitaban. Aporté con alimentos para cajas que se hicieron para vecinos sin recursos y con la olla común de la junta de vecinos. Si algo me alegró este año, fue ver como se activaron diferentes iniciativas para ayudarnos entre nosotros.

Este año nos pilla un poco más preparados, creo que un poco más sabios también. No soy de las optimistas acérrimas, creo que avanzamos en algunas cosas, pero de todas maneras no alcanzan para sanar las vergonzosas desigualdades de nuestra sociedad con sus violencias enquistadas, estructurales y directas. Recuerdo que un día tuve que salir a hacer un trámite al centro, cuando volvía apurada para que no se me acabara el tiempo del permiso pasé por la primera camisería y noté que un funcionario sacaba fotos por el estacionamiento que da a Mac Iver. Me detuve a observarlo y pude ver que lo que fotografiaba era el momento en que echaban a la basura mayas de limones. Seguramente lo habían requisado a algún vendedor ambulante. Mientras muchos chilenos luchaban diariamente por subsistir; mientras otros dejaban tiempo y esfuerzo organizando formas de ayudar a quienes no tenían; mientras los terceros tratábamos de aportar con alimentos a quienes no contaron con nuestra suerte, ellos votaban comida. ¿Qué clase de trabajo es ese? Me lo pregunté todo el camino.

La pandemia nos mostró todas nuestras vulnerabilidades como especie, no ha podido ser más clara y elocuente. Lo peor es que sé que hemos cambiado, que hemos aprendido, pero no lo necesario.

